

Homenaje al Prof. Domingo Ramos-Lissón en su jubileo universitario

El 25 de mayo de 2000 tuvo lugar, en el Aula Magna del Edificio Central de la Universidad de Navarra, el Acto Académico en homenaje del Prof. Dr. Domingo Ramos-Lissón, que coincidió con la fecha de su septuagésimo aniversario. Presidió el acto, en representación del Rector Magnífico, el Vicerrector Prof. Dr. Manuel Casado, acompañado por el Decano de la Facultad de Teología, Prof. Dr. Francisco Varo, el Profesor Honorario Dr. José Orlandis, Don Félix Villanueva, Subdirector de la Biblioteca y el propio homenajeado. En la sala, con su decoración tradicional y solemne, se habían congregado los colegas y amigos, junto con una nutrida representación del personal que atiende la Biblioteca.

Después del saludo protocolario del Vicerrector, tomó la palabra el Decano de la Facultad de Teología, Prof. **Francisco Varo**, con una felicitación insólita para quienes no éramos especialistas en lenguas semíticas: «*Yom nolédet simjá, Mar Domingo, ¡Feliz cumpleaños, Don Domingo!*» Como escritor y profesor de Lengua Hebrea, quiso subrayar después esas palabras de augurio con un texto en el que Jesús ben Sirá elogia al sabio:

«Hagamos el elogio de los hombres ilustres,
de nuestros padres según su generación.
El Señor creó grandes glorias,
y mostró su grandeza desde los siglos (...)
hombres grandes por su poder;
dotados de prudencia, (...)
Los hubo que guiaron al pueblo con sus consejos
y con el conocimiento de las escrituras,
con sabios discursos para su enseñanza» (Eclo 44, 1-4).

Sus recuerdos personales del homenajeado arrancaban de cuando, todavía estudiante de Teología, cayó en sus manos un libro titulado *Espiritualidad de los primeros cristianos*¹, donde encontró «las sendas que recorrieron aquellos hombres de toda condición y oficio que se movían con soltura en el mundo greco-romano y que fueron impregnando con la fe cristiana la cultura de su tiempo». Y continuó: «De la mano del profesor Ramos-Lissón, en efecto, se aprende con gusto cómo los Padres de la Iglesia constituyen un ejemplo luminoso de la fuerza del mensaje cristiano, que desde sus orígenes y a lo largo de las cambiantes circunstancias de

1. Domingo RAMOS-LISSÓN, *Espiritualidad de los primeros cristianos*, Colección Nebfí, Ed. Rialp, Madrid 1979. Sobre las publicaciones, vid. Elisabeth REINHARDT, *La obra escrita del Profesor Ramos-Lissón*, en «Anuario de Historia de la Iglesia» 8 (1999) 33-42.

la historia, ha podido expresarse de modo inteligible a los hombres y mujeres de todo tiempo y lugar, sin perder por ello su vigor y originalidad». Se refirió después a sucesivos encuentros personales, al hilo de la tarea docente, investigadora y directiva que ha desempeñado Domingo Ramos-Lissón en la Universidad de Navarra durante casi treinta años². El Prof. Varo terminó su intervención cediendo nuevamente la palabra a Jesús ben Sirá (Eclo 44, 10-13.15).

A continuación tomó la palabra el Prof. Dr. **José Orlandis**, que se refirió a los treinta años de colaboración y amistad, que se remonta al tiempo en que el homenajeado fue ayudante de cátedra de Historia del Derecho del Prof. Alfonso García Gallo en la Universidad Central de Madrid y trabajaba como becario en el Instituto de Estudios Jurídicos. Seguidamente, Orlandis se centró en la obra científica de Domingo Ramos-Lissón, de la que destacó cuatro rasgos. El primero, su preferencia por el estudio de los Padres latinos de los siglos IV y V, con ediciones críticas y estudios que se distinguen por su reconocida seriedad y honestidad intelectual. Otra línea de trabajo ha sido la Iglesia primitiva, a través del testimonio de los Padres apostólicos y antiguos escritores eclesiásticos, así como la vida de los primeros cristianos; escritos estos últimos, dirigidos a un público amplio, y en que se advierte una clara preocupación catequética, junto con el deseo de poner al lector en contacto inmediato con los textos y la vida de aquellos primeros testigos de la fe. El tercer aspecto se refiere a la historia de los concilios, concretamente hispano-romanos y visigodos, donde convergen los intereses y esfuerzos de Orlandis y Ramos-Lissón, en el marco de la gran empresa científica de la *Konziliengeschichte*, dirigida por Walter Brandmüller, actual Presidente del Pontificio Comitato di Scienze Storiche. Por último, se centró en su tarea de asesoramiento bibliotecario, realizado durante casi seis lustros.

El Prof. Orlandis caracterizó toda esta tarea intelectual, rica y variada, con estas palabras: «Muchas horas de su vida ha gastado Ramos-Lissón en una tarea oscura, abnegada, pero de una enorme utilidad para la Universidad, los profesores, los doctorandos y los alumnos; me estoy refiriendo a su trabajo de asesoramiento en la Biblioteca de Humanidades de la Universidad de Navarra, del cual tantos nos hemos beneficiado y por el que se ha hecho acreedor a la gratitud de muchos. Su cometido en la Biblioteca lo ha llevado a cabo con depurado rigor y exquisita competencia profesional. Y a todos cuantos hemos tenido necesidad de acudir a él para cualquier clase de consulta nos ha atendido no sólo con inmensa paciencia sino también con abierta cordialidad. Este noble afán de servir a los demás en todos los campos donde ha desarrollado su labor es el rasgo de su personalidad que caracteriza, a mi juicio, a Ramos-Lissón: don Domingo es hombre de muchos amigos, porque él, en todas sus actividades, ha sabido ser amigo de todos. (...) Ha derrochado por doquier amabilidad, cortesía y espíritu de servicio. De ahí que sea tan amplia la red de sus relaciones sociales y tan extendida la estima que le profesan los colegas de la comunidad científica internacional, no sólo por razones de índole profesional, sino también de afecto humano. Ese es el mejor homenaje que se podía rendir a un maestro de la Patrología y la Historia Eclesiástica, que es a la vez un hombre profundamente bueno y un sacerdote ejemplar».

2. Sobre la vida de Ramos-Lissón, vid. Josep Ignasi SARANYANA, *Apunte biográfico*, en «Anuario de Historia de la Iglesia» 8 (1999) 27-31.

Seguidamente, Don Félix Villanueva leyó el discurso preparado por el Director de la Biblioteca, el Prof. Dr. **Víctor Sanz** que se hallaba ausente por asistir a la Asamblea Plenaria de la Red de Bibliotecas Universitarias. Comenzó recordando un consejo muchas veces repetido del Prof. Ramos-Lissón acerca de los fondos de la Biblioteca: «Lo importante son las fuentes y las revistas». «Y así es como, poco a poco, hemos conseguido una rara biblioteca. Rara, en el sentido bibliófilo de la expresión; esto es, de un valor inestimable y singular. Afortunadamente así nos lo confirma la opinión de no pocos visitantes, de éstos que no se sienten sólo impresionados por el empaque del edificio, sino que son capaces de apreciar el valor de los fondos bibliográficos en él contenidos».

El Director de la Biblioteca se detuvo en describir una afición compartida con el homenajado, que consiste en la predilección por los libros antiguos, una apasionada búsqueda en los catálogos y establecimientos de anticuarios que comporta sobresaltos, alegrías y también alguna vez renuncias cuando el tesoro avistado excede el presupuesto. Al coincidir ambos en un viaje a Munich, pudieron visitar juntos la magnífica Staatsbibliothek y quedó tiempo para curiosear tiendas de libros antiguos en la capital bávara.

Los fondos antiguos que alberga la Biblioteca de la Universidad de Navarra, bien conocidos por el Prof. Ramos-Lissón, encuentran su contrapeso en la constante actualización, también en el modo de conservarlos y acceder a ellos. «La tradición es sin duda un valor que enriquece a las instituciones y a las personas, y parece además especialmente adecuado en una Biblioteca, que tiene como uno de sus cometidos principales atesorar y conservar los documentos y fondos que contribuyen a preservar la memoria histórica, sin la que seríamos unos ignorantes o unos advenedizos. Pero no es menos cierto que el mundo bibliotecario ha experimentado en los últimos años un cambio vertiginoso, debido a la aplicación de las nuevas tecnologías que han sustituido los procesos tradicionales. En definitiva, es el libro —viejo y nuevo— el que se beneficia y muestra su permanente vigencia».

A continuación, el Prof. **Josep Ignasi Saranyana**, Director del Instituto de Historia de la Iglesia, procedió a la lectura de adhesiones al homenaje por parte de personalidades eclesiásticas y civiles, colegas y amigos. La mayoría los mensajes procedían de España, pero también había felicitaciones de otros países, como la Ciudad del Vaticano, Italia, Bélgica, Polonia, Francia, Alemania, los Países Bajos, Brasil y Chile, país, este último, donde el Prof. Ramos-Lissón acababa de impartir un curso de lecciones como profesor visitante.

Llegó el momento de presentar el volumen de homenaje, con la intervención de la que suscribe, directora de la obra colectiva *Tempus implendi promissa*³. El título, quizá sorprendente, seguramente no lo era para el homenajado, asiduo y entusiasta lector de San Agustín. Se trata de unas palabras tomadas de las *Enarrationes in Psalmos*, donde el obispo de Hipona habla de dos tiempos de la historia, marcados por la propia dinámica de la Revelación: Dios mismo estableció el tiempo de sus promesas y el tiempo de su cumplimiento. El primer tiempo abarca desde los profetas hasta Juan el Bautista; y del Bautista hasta el fin de la historia se extiende el segundo tiempo, que corresponde al cumplimiento de las promesas,

3. Elisabeth REINHARDT (dir.), *Tempus implendi promissa. Homenaje al Prof. Domingo Ramos-Lissón*, EUNSA («Colección Historia de la Iglesia», 33), Pamplona 2000, 883 pp.

o, en palabras agustinianas, *tempus est implendi quae promissa sunt* (*In Psalmum CIX*, PL 37, 1445). Este segundo tiempo comienza con la entrada del Redentor en la historia y transcurre en tensión hacia la consumación en Cristo. Es el tiempo no sólo cronológico, de siglos y milenios, sino también cualitativo, porque marca el transcurso de la salvación y es, por tanto, el tiempo de la Iglesia. Se trata de una concepción de la historia que excluye de raíz una era post-cristiana, aunque no impide que los hombres, libremente, puedan vivir como si se tratase de un tiempo post-cristiano.

El título parece adecuado por varios motivos. En primer lugar, nos pone en contacto con San Agustín, que, con San Ambrosio, es uno de los autores preferidos del Prof. Ramos-Lissón. Pero las palabras agustinianas pueden aplicarse también a sus años de labor docente, investigadora y pastoral, en la que el horizonte de los «promissa», es decir, de las esperanzas sacerdotales y académicas de Don Domingo, se une con la realidad cotidiana. Al mismo tiempo, esas palabras se prestan como marco adecuado para encuadrar y ordenar las cuarenta y tres colaboraciones, porque todas ellas se jalonan a lo largo de este segundo tiempo de la historia. Están distribuidas según un criterio cronológico, en «Antigüedad cristiana», «Edad Media y Renacimiento», y «Tiempos recientes», siendo lógicamente más numerosos los estudios de la primera parte.

Una pequeña parte de los artículos de la *Festschrift* se había publicado ya, como un avance del homenaje⁴ y se han reproducido en esta miscelánea, junto con un buen número de nuevas aportaciones. En la confección de la miscelánea se pudo comprobar que, debido a los lazos de amistad que Don Domingo mantiene en todas partes, fue muy fácil recibir la colaboración de estudiosos de los países más diversos. A estos cuarenta y tres colaboradores se añaden las setenta y ocho adhesiones de la *Tabula gratulatoria*. Con todo este material resultó una obra voluminosa, como testimonio —también internacional— de reconocimiento y amistad.

Después de la entrega del volumen, le llegó el turno al profesor **Ramos-Lissón**, que comenzó su discurso diciendo que «nunca había celebrado una fiesta de cumpleaños con un número tan cualificado de asistentes»; que esta fiesta tenía, además, «un valor añadido» por la circunstancia de celebrarse en el Año Jubilar, ya que «para quienes profesamos de historiadores esta efeméride cristiana tiene también la nota de su singularidad irrepetible». En sus palabras de agradecimiento abordó primero el sentido de la gratitud misma para tratar después de los principales motivos que le llevaban a ella.

«San Ireneo de Lyon, un ilustre Padre de la Iglesia del siglo II, definía la esencia del hombre como un receptáculo de la bondad de Dios (*Adv. haer.*, III, 20, 2). En mi caso se puede decir que esa noción ireneana se corresponde absolutamente con la realidad. He de manifestaros, con toda sencillez, que me siento deudor de una enorme cantidad de beneficios, que el Señor en su infinita munificencia me ha ido dispensando a lo largo de los años. Se ha servido para ello de una pléyade de gentes, cuyas improntas han ido jalonando mi caminar por la vida. (...)

4. «Anuario de Historia de la Iglesia» 8 (1999) 27-179.

»En primer lugar, debo citar a mi padre, que desde mis años infantiles supo transmitirme —entre otras muchas cosas— dos aficiones suyas: el amor a los libros antiguos y su interés por la pintura. Vienen a mi memoria los recuerdos de los años cuarenta, cuando me llevaba a pasear por el Rastro madrileño y por la famosa Feria del Libro, plagada —aún hoy— de tenderetes de libros viejos. Muy posiblemente mi afición por la Historia tenga sus orígenes en esos paseos dominicales por la Ribera de Curtidores y la Cuesta de Moyano, cuando mi padre me hacía descubrir en un libro usado la presencia de anteriores propietarios o las excelencias de un autor y de su obra.

»De los años de estudiante en la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Madrid he de destacar la figura de Don Alfonso García Gallo, que me inició en la investigación histórico-jurídica. A su lado comencé a interesarme por la historia de las instituciones, siguiendo las huellas de la Escuela de Hinojosa, que ha tenido en su haber figuras de la relevancia de D. Claudio Sánchez-Albornoz, Fray José López Ortiz o D. José Orlandis. Durante el tiempo que estuve como becario en el Instituto Nacional de Estudios Jurídicos, D. Alfonso me hizo compatibilizar la docencia universitaria, como Ayudante de Clases Prácticas, y la investigación en las fuentes del conocimiento de la Historia del Derecho. De él aprendí a trabajar con acribia científica, incluso en asuntos que aparentemente no tienen nada que ver con la vida académica. Como simple botón de muestra podría citar su dedicación a la lectura de catálogos editoriales. No se piense que era simplemente echar un vistazo sobre unas novedades de librería. En él, esta consulta era una puesta al día bibliográfica, que se transformaba sistemáticamente en la redacción de una ficha, incorporada luego a un copiosísimo fichero, que de esta forma se mantenía en constante actualización. Tal vez convenga subrayar que este modo de proceder tenía su mérito, sobre todo si se piensa en una época en la que no existían los ordenadores. Vaya, pues, mi recuerdo agradecido a tan insigne maestro.

»Durante mi estancia en Roma, a la vez que realizaba los estudios teológicos en la Pontificia Universidad Lateranense, tuve la singular fortuna de conocer al Beato Josemaría Escrivá de Balaguer. Su magisterio y su trato van a marcar un antes y un después en mi curriculum personal, no sólo por lo que concierne a mi vida espiritual, sino también por lo que ha supuesto en el ámbito universitario. Se puede decir que mi interés por la Antigüedad cristiana se despertó gracias a la enseñanza impartida por el Beato Josemaría sobre los Primeros cristianos, tanto al leer lo que había escrito sobre ellos en *Camino*, como al escuchar su predicación vibrante al tocar este tema. Fueron para mí sus palabras un acicate que me movió a conocer de cerca a los Padres de la Iglesia de los primeros siglos cristianos. Como es bien sabido, el Beato Josemaría fue, además de otras muchas cosas, un universitario cabal, como nos lo evidencia la realidad de esta misma “Alma mater”, por él fundada. Pero, además, he de agradecerle su aliento en el buen hacer académico. Todavía resuena en mis oídos su ardiente palabra impulsándome a aumentar la ilusión profesional en este noble oficio.

»De mi etapa estudiantil en la Ciudad Eterna debo consignar también mi reconocimiento al Prof. Michele Maccarrone, maestro de historiadores de la Iglesia, y él mismo un magnífico conocedor de los avatares históricos del Papado, que me estimuló a estudiar la vida de la Iglesia, en su dimensión histórica, desde una opción teológica superadora de las limitaciones que los hombres podemos manifestar, al examinar su proyección temporal».

Después de referirse a su llegada a la Universidad de Navarra en 1971, el Prof. Ramos-Lissón recordó la tarea docente e investigadora que ha realizado en ella. «He de reconocer, sin ambages, que trabajar en la Universidad de Navarra ha sido un continuo motivo de acción de gracias. En ella he podido captar y participar del espíritu universitario que le imprimió su Fundador. Ese espíritu no es una entelequia, sino que ha quedado claramente diseñado, como una meta que debe ser alcanzada: “Es necesario que la Universidad —escribió el Beato Josemaría— forme a los estudiantes en una mentalidad de servicio (...) El ideal es, sobre todo, la realidad del trabajo bien hecho, la preparación científica adecuada durante los años universitarios”⁵. He sido consciente de la necesidad de encarnar este ideal de servicio, y he procurado transmitirlo después a los estudiantes.

»La tarea que he desarrollado en la Universidad se puede sintetizar en una sola palabra: comunicar. Mi quehacer universitario ha sido el de un comunicador de saberes ajenos. A este propósito, viene bien traer a colación unas palabras de Agustín de Hipona: “¿Acaso pretenden los maestros que se conozcan y retengan sus pensamientos, y no las disciplinas que piensan enseñar cuando hablan? Porque ¿quién hay tan neciamente curioso que envíe su hijo a la escuela para que aprenda qué piensa el maestro? Mas una vez que los maestros han explicado las disciplinas que profesan enseñar, las leyes de la virtud y de la sabiduría, entonces los discípulos consideran consigo mismos si han dicho cosas verdaderas, examinando según sus fuerzas aquella verdad interior. Entonces es cuando aprenden” (*De magistro*, XIV, 45).

»Esta ha sido mi norma de conducta en la docencia universitaria. Favorecida, además, por la disciplina a la que he dedicado mis mayores esfuerzos: presentar la verdad de Cristo, tal y como nos la han ofrecido los Padres de la Iglesia. Esto me ha permitido entrar en diálogo con unos hombres excepcionales, tanto porque han sido testigos de la revelación divina, como porque nos han mostrado una santidad de vida, que avala la verdad, por ellos proclamada. Ya os podéis imaginar que debo hacer extensiva mi gratitud, en este momento, a quienes con su vida y su doctrina, me han facilitado un mejor conocimiento de la Verdad, con mayúscula, y me han permitido disfrutar de su amistad. El estudio de la Patrística tiene, como se puede ver, un doble efecto enriquecedor para quien lo practica. De esta manera amistosa de estudiar a los Padres de la Iglesia, ha derivado mi constante empeño de orientar a los alumnos para que entraran en una relación directa con esos escritores eclesiásticos, mediante la lectura personal de sus obras».

Además, el Prof. Ramos-Lissón tuvo unas palabras de reconocimiento a sus discípulos, con quienes afirmaba tener también una deuda de gratitud por haber aprendido, a su vez, muchas cosas de ellos.

Finalmente hizo referencia a otro motivo de gratitud, que era la oportunidad de poder colaborar en la dirección de la Biblioteca de la Universidad de Navarra, donde manifiesta haber aprendido también mucho de las bibliotecarias y del resto del personal que integra ese Servicio. «Los libros, comentó, especialmente los antiguos, atesoran múltiples valores,

5. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Conversaciones*, 74-75.

que sólo se descubren como tales a quienes se familiarizan con ellos. Por eso, es un deber gustoso de bibliotecario en una Universidad enseñar al estudiante a valorar los libros que consulta. (...) A la hora de evocar algunos acontecimientos más significativos de mi trabajo bibliotecario, no olvidaré nunca la emoción que experimenté al descubrir, en un informe montón de libros que debía clasificar, una edición de 1500 de los *Emblemata* de Alciato. O en otra circunstancia parecida, cuando localicé la edición de Parma de las *Opera omnia* de Tomás de Aquino. Los ejemplos se podrían multiplicar. Este trabajo ha sido muy gozoso para mí. Se puede decir, sin exageración, que entre los libros me encuentro como pez en el agua. Como dirán los franceses, no soy más que un *amateur des livres*».

El homenajeado terminó sus palabras con nuevas manifestaciones de gratitud, especialmente al Gran Canciller de la Universidad, Mons. Javier Echevarría.

Finalmente, con la intervención del Vicerrector, Prof. Dr. **Manuel Casado**, se clausuró el Acto Académico. Destacó el «talante universitario» del Prof. Ramos-Lissón, que —más allá de los aspectos curriculares— se manifiesta en la amistad con colegas de diferentes países, surgida de su actividad científica que, por otra parte, no era obstáculo para desarrollar también las tareas propias de su condición sacerdotal. Esta apertura al mundo internacional, prosiguió el Vicerrector, motivó al Centro de Estudios Europeos de la Universidad de Navarra a otorgarle, en 1997, el *Premio Europa*.

«Don Domingo, comentó el Prof. Casado, está completamente de acuerdo con Jorge Luis Borges en que “de los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación”⁶. Cuánto mimo y primor sabe poner don Domingo en los libros, antiguos o modernos».

«Don Domingo ha sabido aunar, en síntesis armónica, y esto es la quintaesencia del espíritu universitario, su formación civil histórico-jurídica con la histórico-teológica. Esa síntesis vital, única, representa un modelo logrado de universitario. “¿Qué tiene que ver Atenas con Jerusalén?”, se había preguntado retóricamente Tertuliano. “¿Y por qué una debe excluir a la otra?”, responde Newman. “Es cierto que Jerusalén es más importante que Atenas, pero los cristianos contribuyen a perpetuar la fragmentación causada por el pecado, cuando sostienen a Jerusalén a costa de Atenas. Hagamos que, tal como ha querido siempre la entera tradición católica, existan tanto Atenas como Jerusalén, y contribuyamos de este modo a reintegrar la unidad de la naturaleza humana”⁷. Precisamente en esta tradición, y en un tramo de la historia particularmente necesitado de personalidades que sean capaces de hacer realidad esta síntesis de los saberes, en esta época nuestra, se sitúa la biografía de don Domingo.

6. *Borges oral*, Bruguera, Barcelona 1980, p. 13.

7. *Apud*. J. MORALES, *Newman y la idea de la Universidad*, en *Teología, experiencia, educación. Estudios newmanianos*, EUNSA, Pamplona 1999, p. 137.

»La unidad de vida, como bien sabemos quienes formamos parte de esta comunidad académica, constituye un rasgo central del espíritu fundacional de esta Universidad, de cuyo Fundador, el beato Josemaría Eserivá de Balaguer, tuvo don Domingo la fortuna de aprenderlo, de contemplarlo hecho vida.

»En el profesor Ramos-Lissón la historia, la patristica, los escritores eclesiásticos, son vida viva, no erudición libresca. Parfraseando a Ortega, podríamos decir que, para don Domingo, salvar a los Padres y a los escritores cristianos es usar de ellos sin miramientos para nuestra salvación, es decir, traerlos hasta nosotros, contemporaneizándolos, inyectándoles pulso nuevo con la sangre de nuestras venas, con nuestras circunstancias y nuestros problemas».

Para terminar, el Vicerrector agradeció al Prof. Ramos-Lissón, en nombre de la Universidad de Navarra, «su dedicación generosa, competente, entusiasta, a cuanto se le ha encomendado, ya sean tareas docentes, de dirección, o de asesoramiento de las Bibliotecas de la Universidad. Su presencia animosa, cordial, dispuesta siempre a la ayuda desinteresada, su conversación culta y plural, han enriquecido y seguirán enriqueciendo la vida universitaria de esta casa».

Concluyó el Acto Académico que, sin excluir los aspectos protocolarios, tenía mucho de familiar. Vienen como anillo al dedo las consideraciones del Prof. Enrique de la Lama, colega del homenajeado: «Estamos ante las *laudes et iubilationes* que acompañan el culminar de la carrera de un preclaro universitario como es el Profesor Domingo Ramos. Su docencia se ha desarrollado siempre en la Universidad de Navarra, cálida Alma Mater, que ya va dando a luz muchas generaciones. A ciertas alturas de la vida, la Universidad —más que otros avatares sorprendentes que hayan podido comparecer ante los ojos— puede revelarse como un venero de puro amor: recuerdos de estaciones que han ido sucediendo, tunas, lluvias repetidas, sabidas, interminables, alegría de jóvenes, pensamiento, elevación de miras avizorando el adelante de la vida. ¿Llegará alguna vez la paz perfecta —idilio inefable entre el vivir y el saber—?»⁸.

Elisabeth REINHARDT
Instituto de Historia de la Iglesia
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona
erein@unav.es

8. Enrique DE LA LAMA, «*Laus et iubilatio*», en Elisabeth REINHARDT (dir.), *Tempus implendi promissa*, cit., pp. 618-619.